

EL FOLLETO DE LA FERIA

Por Julio Mata

Cuando tenía nueve o diez años, me regalaron un folleto, por haber hecho «un mandado». Tan pronto como me liberé de los ojos del donante, comencé a hojear ávidamente el regalo.

Era el Folleto de la feria. Recuerdo su formato y su presentación. Recuerdo su portada. Era una portada espléndida, estallante de colores, de muchísimos colores, fuertes, chillones, casi agresivos, en la que se veía una feria «de entonces», representada por sus elementos constitutivos más característicos.

Se veían unos caballitos «del tío vivo», medio columpio, que venía pendulando «del otro lado», lleno de chicos, el pico de una mesa cargada de pastillas de turrón, de entre las cuales emergía con dignidad «el mosquero», enhiesto, con la gallardía de un alabardero en posición de firme, casi consciente de su imprescindibilidad —entonces no había aún D D T—, montones de sandías, por abajo, farolillos «a la veneciana», por arriba, y, presidiéndolo todo, el escudo del pueblo.

El dibujante había logrado tan plenamente su intención de dar «una vista de conjunto» de la feria, que, mirando con fijeza la portada aquella, casi se percibía el tufillo del aceite de las churrerías feriales. Y eso, que la feria había sido en septiembre y el regalo me lo hicieron en junio del siguiente año.

Yo creo, que el Folleto es el tributo de cortesía, que el pueblo rinde a su feria; algo así, como el engarce, que labra cada año, para mostrar prendido en él, el programa de sus fiestas mayores.

Cuando, entre lloriqueos de mamones desatendidos, regocijado alboroto de chiquillos y ladridos de perros, se le dan los últimos toques a la instalación de ese complejo endiablado y ruidoso, que son las ferias, salta a la plaza pública con alegría, el Folleto anunciador de ellas.

En general, es recibido con curiosidad y simpatía por los destinatarios, que lo miran por fuera unos instantes, si es atractiva la portada, le dan un vistazo por dentro, buscan los nombres de los colaboradores y, cuando los han hallado, dicen, "los de siempre".

Al llegar a casa, lo dejan sobre la primera silla que hay a mano, porque es tarde y está la mesa puesta y la esposa impaciente. No hay tiempo entonces para buscarle mejor sitio. Si la silla hace falta, pasa a otra parte el Folleto, hasta que, en un momento de descuido, cae en manos de un niño incontrolado, que, jugando, lo retuerce, se lo lleva a la boca, lo deshoja y, cuando los mayores se dan cuenta, el desgraciado Folleto ya ha entrado irremediablemente en coma. Eso, si algún adulto en trance de emergencia no le infiere una injuria, todavía más grande.

Hay también —¿cómo no?— ejemplares afortunados que son leídos y hasta conservados cariñosamente.

¿Ha reparado usted lector paciente, en que hay obras literarias de menor importancia que son denominadas con nombres tomados de la culinaria?

En el género teatral hay farsas, entremeses y sainetes. Consulte un